

IWONA STOJŃSKA-KAIRSKA

Badaczka niezależna

Del sueño a la eternidad. Ritos funerarios en la Guajira venezolana

El fragor de disparos hizo desconcertar al apacible pueblo. Varias personas preguntaron al mismo tiempo:

- ¿Qué pasa?

Una joven que formaba parte de la caravana fúnebre (...) se detuvo para responderles:

- Es el recibimiento que hacen los *Aapshana* a Calata. Que regresa para reunirse a partir de hoy con sus ancestros.

Marcelo Morán Atpüshana
Encuentro Atpüshana en Guarero

Dedicatoria

*A la memoria de mi amigo-hermano venezolano,
Prof. Martín Quiroz Sarmiento,
quien se adelantó en tomar su camino hacia la eternidad.*

Presentación

El interés de la autora por la cultura guajira (wayuu) viene de los tiempos de su juventud y sus primeros viajes a Venezuela, más exactamente a la ciudad de Maracaibo donde, en aquella época, se veían en las calles muchas mujeres indígenas de este pueblo, vestidas de bellas mantas multicolor y con su preciosa piedra-talismán (*tu'uma*) montada en oro, en forma de pendiente. En el mercado guajiro se conseguían un sinfín de tapices, bolsos y borlas de todos los tamaños y colores. Una muy breve visita en la Península de la Guajira de entonces le permitió ver de cerca un fragmento real del mundo indígena, ampliando de esta manera los comentarios que se oían en la ciudad sobre el aspecto de la vivienda

y las costumbres guajiras: el pintarse la cara, el baile *yonna*, entre otras cosas. También en la prensa local aparecían de vez en cuando informaciones sobre las costumbres y tradiciones wayuu, entre ellas el velorio. Un tema aparte, colocado en la última página de los diarios (página destinada a asesinatos, robos, hurtos y otros casos criminales), era la vendetta guajira entre determinadas familias, que pasaba de generación en generación.

A pesar de múltiples viajes de la autora a Venezuela, efectuados posteriormente, la oportunidad de volver nuevamente a la Península de la Guajira y asistir a algunos eventos, se presentó hace tan sólo pocos años. De allí la decisión de describir por fin las vivencias y observaciones, buscar y presentar explicaciones de lo presenciado. El eje de las mismas lo constituye en el universo wayuu una fuerte creencia en la continuidad de la vida después de la muerte y en la existencia de un mundo o mundos paralelos al mundo físico, terrenal, que conocemos.

Para los wayuu la muerte del cuerpo físico no significa el fin de la existencia. Queda la parte no material, espiritual, para la cual éste es apenas el comienzo de un largo viaje donde el alma tendrá que atravesar toda una serie de transformaciones y desplazamientos. Todos ellos están organizados de acuerdo a ciertos criterios que serán presentados en este artículo. El mundo terrenal de los wayuu depende en gran medida de aquel otro mundo, uno donde mandan los seres sobrenaturales. Para cumplir con sus exigencias, es necesario respetar determinadas reglas y llevar a cabo determinados ritos. En la sociedad wayuu, es la mujer la que asume el papel de lideresa. Son múltiples sus obligaciones y prohibiciones, relacionadas con las ceremonias y rituales vinculados con la memoria de los difuntos. En el artículo se presentarán algunas de esas celebraciones y su entorno.

Introducción

Los Guajiros (autoetnónimo: wayuu, wayú) son actualmente el grupo indígena más numeroso de América del Sur, fuera de la zona andina, sobrepasando su población un total de 200 000. Muchos viven en la Península de la Guajira, zona fronteriza entre Colombia y Venezuela. Se estima que en Venezuela su número se eleva a 40 000 aproximadamente. Su lengua (*wayuunaiki*) pertenece a la familia lingüística arawak septentrional. La región de la Guajira venezolana forma parte del Municipio Guajira, Distrito Páez del Estado Zulia, a poca distancia de Maracaibo, la segunda ciudad del país, ocupando tan sólo una angosta franja costera de la Península cuya superficie alcanza un poco más de 3000 km cuadrados.

En el pasado los wayuu eran nómadas y ocupaban un territorio más extenso que en la actualidad. Cultivaban tierra y mantenían el contacto comercial permanente con diferentes colonizadores, pero durante los últimos siglos, la explotación económica hizo que poco a poco iban perdiendo las tierras aptas para el cultivo. Además, un reglamento dictado en la mitad del siglo XIX, redujo considerablemente su territorio, empujándolos hacia la zona árida de la Península, transformando su estilo de vida en sedentario (según algunas fuentes: polirresidencial).

El comienzo de la explotación petrolera en el Lago de Maracaibo y la apertura de una mina de carbón han cambiado su modo de subsistencia haciéndola dependiente del trabajo asalariado.



Fig. 1. Península de la Guajira. La flecha indica la parte venezolana

El clima de la Península ha cambiado con el transcurso de los siglos y en nuestra época es semiárido, con varios meses de sequía al año, inapto para el cultivo de la tierra. Los días son muy calurosos y las noches muy frías. Por consiguiente, la vegetación es escasa y con muy poco follaje, los árboles y arbustos tienen largas espinas, por todas partes dominan cardones (*Cereus sp.* – una especie de cactus). Aunque rodeados por el mar, la pesca no es para este grupo indígena la ocupación o fuente de subsistencia significativa. A pesar de las condiciones señaladas, la subsistencia de los wayuu se basa en el pastoreo de ovejas y cabras, por su carne y leche, siendo la cabra el animal que mejor se ha adaptado al medio ambiente de la Península. Los wayuu crían también ganado vacuno, mulas y caballos que venden ocasionalmente en los mercados colombianos y venezolanos. Cabe subrayar que estos últimos animales son los que aseguran prestigio a sus poseedores, sirviéndoles de medio de pago y prestaciones matrimoniales o dotes. Aparte del pastoreo y la cría, los wayuu se dedican mucho al comercio. Viendo su habilidad para este campo pareciera que ha sido siempre una fuente importante de su subsistencia. Han trabajado y siguen trabajando como vendedores en diferentes mercados, muchos de ellos con mucha fama, llamados por los venezolanos “mercados guajiros”, ubicados tanto en los pueblos pequeños de la zona (Los Filúos, Paraguaipoa) como en Maracaibo e incluso uno en la capital del país, Caracas, donde manejan un mercado de productos artesanales propios.

Varios miles de wayuu han abandonado los territorios ancestrales y viven en la ciudad de Maracaibo y alrededores, en Sierra de Perijá (zona fronteriza con Colombia) y en otros poblados del Estado Zulia, dedicándose a labores agrícolas, producción de ganado, construcción, comercio, labores artesanales, principalmente el tejido. Muchos han realizado estudios, también universitarios, y ocupan diferentes cargos profesionales. Hay entre ellos maestros, profesores universitarios, abogados y médicos.



Fig. 2. Paisaje árido de la Península

Organización social

En cuanto a la organización social, los wayuu forman grupos de descendencia matrilineal asociados en clanes (*eirüku*), divididos a su turno en linajes (*apüshii*) “que comparten territorio, deberes y derechos, responsabilidades legales y relaciones de parentesco” (Paz Reverol, Vilchez Faría 2004). Existen 30 clanes aproximadamente, cada uno tiene su ancestro mítico común y, dependiendo del lugar, está vinculado con uno o más animales, llamados tótem, que lo simbolizan y protegen. Entre los clanes, 12 son los más importantes. Algunos de ellos, de nombres más conocidos, y los animales que los representan, son los siguientes:

- Epieyú - cataneja (oripopo) (ave: *Cathartes aura*)
- Ipuana - caricari/carancho/caracara (ave: *Caracara plancus*)
- Jusayú - oso hormiguero, conejo y una serpiente de la familia *Colubridae*
- Uliana - tigre (*Leopardus tigrinus*).

Puesto que la organización de esta sociedad es matrilineal, las parejas suelen establecer su residencia cerca de la casa familiar de la esposa (residencia uxori-local). El papel de la mujer wayuu es muy importante. Son también en su gran mayoría mujeres, llamadas “piache” u *outshi*, las que se dedican a la curandería. El líder de la familia es una mujer, mientras que el rol masculino preponderante lo desempeña el tío materno (*alaüila*), es decir hermano de la madre.

Dentro de su sistema de organización, los wayuu tienen su propia ley o derecho consuetudinario, respetado de manera bastante rigurosa.

Vivienda y condiciones de vida wayuu

Para los wayuu no existe la frontera nacional (entre Colombia y Venezuela). Viven dispersos en toda la Península –el territorio que controlan– desplazándose libre y continuamente entre casa (rancho, ranchería, rancherío) y casa, entre familia y familia. El motivo de esos viajes son más que nada negocios y visitas familiares.

La mayoría de las rancherías –muchas de ellas hechas de bahareque– consta de dos casas pequeñas, a veces unidas por un techo, de las cuales una cumple el papel de sala y dormitorio, y la otra el de cocina. Teniendo en cuenta la ubicación fronteriza de la zona, puede suceder (la autora conoció uno de estos casos) que el dormitorio está en Venezuela y la cocina en Colombia, o al revés. Cerca de la casa se encuentra un corral donde pueden estar encerrados chivos, ovejos u otros animales de cría, aunque usualmente andan sueltos tratando de encontrar cual tallo u hoja para alimentarse.



Fig. 3. Reunión familiar en una ranchería



Fig. 4. Cabras en el corral

Algunas familias tienen suerte de tener un pozo de agua, un detalle de suma importancia en esta zona tan árida. Otras no lo tienen y se ven obligadas de ir a buscar el agua con recipientes adecuados. Si son tanques más grandes, estarán cargados por burros o mulas. Debido a una escasez general del agua (puede no haber lluvia durante meses e incluso ¡años!) algunas familias han levantado en la cercanía de su vivienda un molino de viento, extractor de agua.



Fig. 5. Molino de viento

Existen además jagüeyes (varios cientos en toda la Península): depósitos de agua en forma de grandes reservorios o estanques artificiales, excavados a lo largo de la carretera donde se estanca el agua de la lluvia, sin embargo, cuando la sequía es prolongada y calurosa, se secan. La falta del agua influye en el nivel de vida, por ende muy bajo, es además causa de enfermedades y casos de muerte, tanto entre animales como gente, niños incluidos.

Cementerio wayuu

Cada uno de los linajes, como también varias familias, poseen en su territorio un cementerio (uno solo o varios), siendo éste uno de los atributos que marcan la unión con los antepasados. Según dice Michel Perrin: “al compartir la misma sepultura, un grupo de parientes uterinos (...) se afirma como una unidad independiente cuya «cabeza» la constituyen precisamente los primeros ascendentes enterrados allí” (Perrin 1975: 56). No obstante, los wayuu son individualistas y respetan la privacidad. Por eso, no sólo las familias tienen cementerio propio, sino que también, si el cementerio es más grande, cada una dispone de un sector privado, distante de los sectores de otras familias, para no molestarse en el caso en que coincidieran dos entierros, dos exhumaciones, dos segundos velorios o simplemente dos reuniones familiares.

Sería interesante entonces ver cómo es un cementerio wayuu. Cuando se viaja por la Península de la Guajira, a menudo pueden divisarse de lejos unos “cubos” blancos, a veces con bóvedas. Son túmulos, es decir sepulturas. Algunas son solitarias, otras pertenecen a pequeños cementerios familiares. En este segundo caso, van a verse probablemente en su cercanía ranchitos o casitas indígenas. Las sepulturas solitarias unas veces están cercadas y otras veces no. A menudo, la cerca consiste en un alambre de púas combinado con una empalizada de cardones.



Fig. 6. Empalizada de cardones combinada con una cerca de alambre de púas, una típica forma de protección, utilizada tanto en los ranchos como en cementerios



Fig. 7 y 8. Cementerio wayuu - tumbas ya vacías. Algún día podrán servir otra vez

En el pasado, cuando los wayuu eran enterrados directamente en la tierra arenosa, el lugar de la tumba estaba marcado con pequeños montículos de piedras solamente. Actualmente, se levantan túmulos que a veces llevan nombre y fecha de la muerte de quien yace en ellos. No debe sorprender que muchos de ellos están abiertos y vacíos, con escombros al lado, porque quien había sido sepultado allí, ya fue exhumado para su segundo entierro y trasladado a otro sitio.

A menudo, los wayuu construyen su propio panteón todavía en vida, ya que quieren ver el lugar donde reposarán sus restos. Es importante respetar la orientación de la tumba: siempre debe estar posicionada en el eje este-oeste. Si está dirigida hacia el este (*wirnaje* 'arriba'), la cabeza del difunto va primero y los pies hacia abajo, si está dirigida hacia el oeste (*wapuna* 'abajo') se introduce primero los pies y después la cabeza. Dicho en otras palabras, el difunto debe mirar a donde se oculta el sol – hacia el oeste. La única reserva es que la apertura de la tumba no puede estar orientada hacia el camino comúnmente utilizado, porque en tal caso el espíritu del difunto podría llevarse a quienes transitan por allí al lugar donde él mismo esté (Paz Reverol, Vílchez Faría 2004).

Las creencias

En el panteón de deidades wayuu, el primer lugar lo ocupa el ser supremo –Maleiwa– creador de todo cuanto existe. Es quien propicia las lluvias, tan esperadas en la Península, y vela por el bienestar del pueblo wayuu. Es un ente benévolo que no aplica castigos. Su opositor es Wanürü (Wanuluu, Wanīli), destructor de todo lo que se le aparece, quien propicia el hambre, la sequía, las pestes, las enfermedades. Su aliado es Yoluja (Yoruja, Yorjá), espíritu de los muertos, quien sale por las noches a intentar robar las almas de los vivos.

Dicen los wayuu que a veces ven al Wanürü. Es un viajero nocturno. A la una de la madrugada, viaja desde Paraguaipoa al cementerio de La Cruz donde reposan los restos de su amada. Una hora más tarde regresa. Lleva un traje oscuro, anda en un caballo blanco (algunos wayuu comentan que es el caballo de Simón Bolívar). Cuando una persona ve al Wanürü, pero éste no la ve, no pasa nada. Pero cuando sus miradas se cruzan, es una mala señal. Significa que la persona va a morir.

El wayuu que se lo contó a la autora, tiene preparación universitaria, vive y trabaja en Maracaibo. Antes de contárselo, preguntó: “¿Tú crees en Dios?”. Y agregó, refiriéndose a los wayuu: “Ellos tienen diferentes creencias, creen también en ese Wanürü. Yo lo vi una sola vez”.

Entre los seres míticos más importantes están Pulowi y Juyá. Es en ellos que se van transformando los *yoluja* perdiendo de esta manera su identidad. Pulowi, soberana de las profundidades, domina los animales salvajes y las plantas silvestres. Se asocia a la muerte, la sequía y la oscuridad. Es un ente femenino. Juyá ('lluvia') es el amo de la lluvia. Simboliza la vida renaciente, la fecundidad, tanto de las plantas como de animales. Aunque es un ente masculino, se vincula a la vida (Perrin 1997).

En caso de necesidad, los wayuu cuentan con la ayuda de piaches u *outshi*. Son quienes pueden diagnosticar el mal –enfermedad, conflicto, sueño– y remediarlo mediante conjuros. Su sabiduría o poder vienen de experiencias visionarias y sueños.

Los sueños y el alma

Los sueños juegan un papel importantísimo en la vida de los wayuu quienes creen en su función profética. A través del sueño se puede recibir informaciones sobre, por ejemplo, cómo curar una enfermedad, evitar un accidente. El mensaje del sueño se debe cumplir, ya que puede ser un anuncio, una advertencia o incluso una orden. “Hasta los wayuu más poderosos y materialistas, comerciantes o políticos, pueden someterse a esta tiranía de los sueños. Los ejemplos son incontables y marcan constantemente la vida cotidiana.” (Perrin 1975: 63) Durante el sueño y también en la enfermedad puede suceder que el elemento que llamamos “alma” se separe temporalmente del cuerpo y entre en contacto con otros mundos (mundo otro) y otras almas o espíritus quienes a través de ella transmitirán mensajes a la persona que está dormida. Hay una deidad llamada Sueños (*Lapü*) que envía sueños a todos.

Una de las informantes wayuu me dijo que en uno de sus sueños, después del segundo entierro de la suegra, ésta se le apareció pidiéndola que la protegieran del sol porque el calor le pegaba mucho. Dijo también que siempre esta cerca de ellos, es decir de su hijo y la nuera, velándolos.

Sueño y Muerte son hermanos. Dormir y soñar (*alapüjaa*) se vinculan con la muerte. “Estar despierto” es a la vez “estar vivo”. Desmayarse es “ir hacia la muerte” y también “perder el alma”. “No soñar más” es consecuencia o señal de una enfermedad grave: “Ya no puedo soñar, ya no sé soñar... Es que ahora me estoy acercando a la muerte” – dice una wayuu enferma (Perrin 1979: 36-37). Poder soñar prueba que un individuo está vivo. Con cruzar el umbral del más allá, esa línea que separa los dos mundos, desaparece la capacidad de soñar.

Según los wayuu, cada individuo está compuesto por un cuerpo físico y un cuerpo espiritual e inmortal que es a la vez el principio constitutivo de un ser vivo: “alma” (*aa'in*, palabra que significa ‘corazón-sede del alma, alma, espíritu, mente, voluntad’) (Perrin 1979). De esta manera, la muerte del cuerpo físico no significa la transformación en la nada, sino solamente la ausencia terrenal, y es considerada como uno de los momentos significativo en el transcurso de la vida y no como el fin de ésta. Además, conforme a las creencias wayuu, cada ser humano muere dos veces. Primero, como acabamos de decir, cuando desaparece su cuerpo físico. La consecuencia de esta desaparición física es que desaparece también su sombra que el cuerpo con vida siempre arrojaba. ¿Qué pasa a partir de este momento con el alma? – El alma sigue viviendo y después de haber dejado su envoltura física, se dirige hacia la Jepira. Es un lugar que, según los wayuu, queda cerca del Cabo de Vela, un lugar geográfico real, en la costa noroeste de la Península (Alta Guajira colombiana), donde permanecen los *yoluja*, es decir los espíritus o las almas para las que aún no se ha celebrado el segundo velorio y también los espíritus de los animales que se han muerto. Desde allí, el alma del difunto velará por la salud, la prosperidad y el bienestar de los integrantes de su linaje. No obstante, de noche podrá salir de la Jepira, en compañía de otros *yoluja*, podrá también aparecer en los sueños de sus familiares.

Más adelante volveremos al tema de los sueños, en la parte dedicada al segundo velorio.

El alma y la inmortalidad

En todos los pueblos existen creencias relacionadas con la muerte, con otros mundos y con la continuidad de la existencia. Uno de los elementos esenciales es en este contexto el paso entre la vida y la muerte, entre el más acá y el más allá o, mejor dicho, entre el mundo nuestro y el mundo otro. El alma del difunto, transformada en *yoluja*, ha llegado entonces a Jepira. Es donde puede morir. Con la muerte se transforma o en *juya* ('lluvia') o en *wanülüü* y regresa a la tierra. Luego se pierde y toma rumbo hacia la Vía Láctea, considerada por los wayuu camino de los muertos (Perrin 1976).

En el contexto de eternidad o continuidad, los acontecimientos más importantes para los wayuu, son los velorios que forman puentes entre mundos o etapas diferentes, entre una vida y otra, puentes que el difunto pasa acompañado espiritualmente por sus parientes y amigos. Los velorios son también un importante momento para la vida social y familiar, contribuyendo a renovar y reforzar sus lazos. Es además, igual que sucede en varios países y culturas, una oportunidad para reencontrarse con parientes que no se habían visto desde hacía tiempo, a veces muy largo, oportunidad para intercambiar informaciones sobre la familia y cosas de la vida, conocer a los jóvenes miembros del clan, arreglar asuntos familiares pendientes, estrechar lazos entre diferentes grupos del clan.

Preparativos a la muerte

Para un wayuu los acontecimientos más importantes de su vida son su velorio y su sepelio. Es el motivo por el que durante toda la vida va acumulando bienes y animales que su familia pudiese obsequiar a quienes vengán a despedirlo. Su valor y cantidad dependen por cierto de la situación económica de cada uno. Además, una parte de esos bienes tendrá que servirle en la vida futura. Para que estos bienes y animales puedan pasar al Jepira junto al alma, es necesario justamente que sean consumidos por los concurrentes durante las celebraciones fúnebres.

Cuando se observa que la enfermedad de alguien es realmente grave y hay riesgo de muerte, se informa del caso a toda la familia. Con esta noticia todos comienzan a preparar lo necesario, para uno de los próximos días tener que ir a despedirse de él. Si muere, la noticia recorre de inmediato toda la vecindad y pasa de boca en boca alcanzando a todos los familiares, también a aquellos que viven lejos. Los parientes, vecinos y amigos del difunto comienzan a llegar al rancho en donde se está velando el cadáver. Con la muerte el alma sale del cuerpo, como lo hemos dicho más arriba, y se transforma en *yoluja*. Entonces a partir

de este momento, el cuerpo del difunto tiene que ser tratado con respeto, porque de no ser así, el *yoluja* podría llegar y vengarse de los vivos.

Hay que preparar al difunto a ser enterrado. Esa es la tarea de los parientes. Después del momento de fallecer, le ponen sal y le dan un trago de ron al cadáver (Matos Romero 1971). Ahora cubren el cadáver y lo dejan unos instantes para que su alma pueda prepararse a abandonar los lugares y las personas queridas. Luego, aún en la casa donde murió, lo lavan cuidadosamente, lo visten en su ropa más bonita, le ponen sus adornos favoritos y/o objetos a los que tenía cariño y lo envuelven en el *shilú* (*shei*) –tejido típico wayuu– y mantas. Así preparado, lo colocan en su chinchorro (hamaca) favorito que cuelgan en una enramada, aunque hoy día, con la modernización y cambio de algunas costumbres, lo colocan más bien en un ataúd de madera, al estilo criollo (campesino). Últimamente le ponen guantes en las manos para luego, durante la exhumación, poder recoger sin problema todos los huesos, hasta los más pequeños. Se coloca el ataúd en el centro de la pieza, en general en el rancho o casa donde la persona murió, y es también donde va a ser velada.

Para que su largo viaje a Jepira y su estancia allá sean buenos, a veces se le coloca en el ataúd varios alimentos (arepas, caraotas/frijoles) y licor, y también algunos artefactos que le eran más gratos o útiles en vida. Se cree también que con la muerte de un wayuu hay que sacrificar a todos sus animales de cría que poseía, para que sus almas le acompañen en el camino hacia la otra vida (Mackenzie Useche 1974).

Veloriantes

Durante el velorio uno de los parientes o amigos íntimos del difunto se ocupa de recoger todos los animales que éste tenía. Mientras más haya, mejor. Si la persona fallecida era pobre, sus familiares, vecinos y amigos tratan de ofrecerle unos más, pues tal como ya hemos dicho, es importante que el número de animales sacrificados y consumidos durante el velorio sea el mayor posible, ya que serán sus almas (representaciones no-físicas de los animales) las que acompañarían al muerto en *Jepira*. Si no son suficientes, el alma del fallecido regresará a la tierra y, por medio de sueños, hará reproches a uno o a varios familiares suyos. La fuerza de los lazos familiares entre los wayuu, quienes se apresuran en „completar la ofrenda“, permite evitar tal eventualidad.

Ya se dijo arriba que un velorio puede durar dos o más días. Quienes llegaron a despedir al difunto, pueden quedarse todo el tiempo que quieran. Como es obvio, hay quienes no se habían visto desde hacía mucho tiempo, algunos incluso desde hacía años. Son ellos, sobre todo, los que se dan un saludo de bienvenida muy emocionante, tanto más que los acontecimientos se desarrollan en un contexto tan especial como lo es el velorio de un ser querido. Según una de las costumbres, dos familiares, al encontrarse en un velorio, se acurrucaban uno frente al otro, quedándose así un largo rato, y demostraban su dolor a través

de un llanto expresivo. Sin embargo, el objetivo central del velorio es despedirse del difunto. Los veloriantes, uno por uno, comenzando por los parientes más cercanos,

“se van acercando al ataúd con su cabeza y cara tapadas con un pañuelo grande; y allí, frente al cadáver empiezan a llorar (...) Igualmente proceden los extraños, echando su llorada, tapada la cara y se van retirando después de saludar a los familiares del difunto, en muy cortas frases.” (Mackenzie Useche 1974).

A veces el llanto es sincero, a veces simulado, pues es en función de su expresividad que se puede obtener una gratificación. He aquí como terminaba el típico velorio wayuu:

“Un comisionado está a la puerta del corral, y cuando ve que el veloriente está para irse, saca un animal de los que están encerrados y se lo entrega, según la categoría del huésped; si es pobre, en ocasiones no le dan sino un buen trozo de carnero; si no lo es tanto, le dan una oveja o un chivo; si es de alguna consideración, le entregan un torete mediano, y si es un indígena rico, una vaca o un novillo.” (Mackenzie Useche 1974).

Primer velorio

Como ya hemos dicho, el primer y segundo velorio o “lloro” (a veces también: “llora”) (en wayunaiki: *alapajaa* significa ‘lamentar la muerte de uno, asistir al velorio’), son acontecimientos importantes en la sociedad wayuu, ya que tienen lugar con el motivo del encuentro de los dos mundos. Con cada uno de estos acontecimientos están relacionados respectivos ritos y comportamientos. Quien tiene que llevarlos a cabo, son los parientes o *apüshii* del linaje materno.

El primer velorio, el propiamente dicho desde el punto de vista terrenal, porque se celebra cuando se vela el cuerpo del difunto, tiene lugar en donde el *wayuu* muere.

Matos Romero lo describe de manera parecida a la citada en el subcapítulo anterior:

“Consiste «el lloro» en que se van acercando al cadáver los visitantes, ya dentro de su hamaca o ataúd, uno a uno los familiares, por orden de parentesco; y cada uno al llegar junto al difunto, prorrumpen en un terrible y lastimero lamento y quejido, tan triste como largo, en el cual procura desatar todo su dolor o conveniencia. Luego proceden a llorar, siempre con la cabeza baja y los rostros cubiertos por extensa tela, demostrando o intentando hacerlo, el enorme pesar que sufren con la desaparición del difunto.” (Matos Romero 1971: 183-184).

Para que los familiares y amigos que llegaban de lejos pudieran descansar y dormir, se les colgaba en la enramada del mismo rancho y en otros sitios

a propósito, chinchorros y hamacas. Si fueran muchos, se montaba incluso todo un campamento. Hoy día a menudo se vela al difunto en la sala de la casa y para alojar a los concurrentes se les presta una o varias piezas de la casa y/o techo y enramada en el patio.



Fig. 9 y 10. Los cómodos chinchorros (hamacas) suelen utilizarse tanto de día como de noche

Así, un velorio dura usualmente de dos a tres días. Se encienden candelas (fuego) desde que anochece hasta que amanezca, lo que –de acuerdo a la costumbre– trae un beneficio exclusivo para el muerto, pues el fuego todo lo purifica. Una mujer vigila para echarle leña y guardarla de los intrusos, y a nadie le es permitido encender siquiera un cigarro ni calentarse con él o utilizarlo de manera alguna. Inmensos montones de leña se traen al efecto, pues a veces el cuerpo permanece en el rancho durante muchos días (Matos Romero 1971). En el pasado, si el difunto era un personaje importante y además rico, podía durar entre varios días y hasta un mes. En este caso, para evitar malos olores (no hay que olvidar que de día las temperaturas en la Península muy a menudo alcanzan treinta y cinco grados Celsius o más), se iba envolviendo el cadáver con varias mantas y tapices, antes también con un cuero fresco de res.

Todo ese tiempo se comía y bebía mucho lo cual, no pocas veces, ocasionaba enormes gastos. Se sacrificaban varios animales (vacas, ovejos, chivos) para ofrecer la carne a los veloriantes, con la reserva de que, de acuerdo con la costumbre, los parientes del difunto no la podían consumir. Se compraba y tomaba ron en cantidades, aparte de tomar el licor típico wayuu llamado chirrinche (bebida fermentada de producción casera, hecha a base del guarapo, es decir agua con miel de caña o azúcar de caña).

Terminado el velorio, se va al cementerio. Usualmente, sobre todo debido a las condiciones del clima tropical, en ciudades y pueblos criollos de Venezuela, el sepelio tiene lugar al día siguiente del fallecimiento. Esta costumbre es parecida entre los wayuu, aunque no siempre sucede así. A veces se entierra al muerto el mismo día de su fallecimiento, sobre todo si era pobre y murió sin haber dejado animales u otros bienes para consumir durante el velorio, sin mencionar los regalos que ofrecer a los concurridos. Antes, se enterraba al difunto directamente en el suelo, sobre una pequeña colina o montículo, lejos de la ranchería donde

había fallecido, mientras que hoy día se lo entierra en el cementerio del lugar. La ubicación de la sepultura en un montículo arenoso, de las que abundan en la Península, estaba muy acertada, llevando a la desecación del cadáver y facilitando por consiguiente la tarea de su posterior exhumación. Sin embargo, si el fallecido era rico, o si éste es el deseo de su familia (o de él mismo cuando todavía estaba con vida), se lo lleva a sepultar al cementerio de su linaje, a pesar de la distancia que separe ambos sitios.

“El traslado del sitio del velorio al cementerio familiar, se hace a pie o en carro, dependiendo de la distancia. Hay ciertas señales o significaciones que se develan camino al cementerio. Se cree que si la urna [*nota de la autora: ¿se trata quizás del vocablo wayuu: únna ‘ataúd’?*] se hace pesada para el traslado o si pasa algún inconveniente con el carro, las personas que [la] están cargando o trasladando no son las que debieran. Como otro ejemplo, si en el camino viven familiares con los cuales el muerto vivió y compartió, es necesaria una escala en las respectivas casas de dichos parientes.” (Paz Reverol, Vílchez Faría 2004).



Fig. 11. Otro aspecto del cementerio wayuu

El cuerpo es colocado en una fosa o una tumba de cemento. A su lado se depositan provisiones: arepas, carne, chicha de maíz, también chirrinche o tabaco. Si el difunto fue un *piache*, se colocan también sus maracas y otros artefactos.

Después de la ceremonia, todavía en el cementerio, a los dolientes se les ofrece comida: carne asada de res o de ovejo, se toma ron y chirrinche. Los familiares se quedan en el cementerio aproximadamente un mes, en un campamento improvisado. El rancho donde murió el wayuu casi siempre se destruye, para evitar que

el alma del difunto retorne. Cabe señalar que el difunto no pierde su identidad sino durante las celebraciones del segundo entierro. Puede llegar en el sueño de una persona o regresar a tierra. Para evitar esas eventualidades, durante el velorio y después del primer entierro, está prohibido pronunciar su nombre, para no atraer su alma de donde esté. Haciendo alusión a él se emplea, por ejemplo, términos de parentesco con los vivos: “El hermano de mi tía”, o se dice: “la anciana que vivía dos casas más adelante”. Mas, si alguien pronuncia su nombre, tiene que pagar.



Fig. 12. Una sepultura solitaria en el extremo norte de la Península venezolana



Fig. 13. Ofrendas en esta misma tumba

En el caso de personalidades importantes para la cultura wayuu o venezolana, en los periódicos aparecen artículos y fotos de las ceremonias fúnebres wayuu. A modo de ejemplo, incluiremos acá los recortes de prensa de los diarios *Panorama* y *Crítica* que salían en Maracaibo (*Panorama* sigue saliendo) en la época de cuando la autoría vivía allí. Abajo uno de los artículos (*Panorama* 1977):



Fig. 14. La palabra “Torito” del título no tiene nada que ver con la palabra “toro”, como mal se la interpretaba en aquella época, sino que en el idioma wayuu *toolo* significa ‘varón, hombre’

Otras celebraciones conmemorativas de los difuntos

Después del sepelio, durante una semana, la familia y algunos amigos se reúnen a diario y cada día van al cementerio.

Novenario

El día más importante es el noveno día después de la defunción. Tanto este espacio de tiempo como rituales celebrados ese día, se llaman “novenario”. Es cuando vienen más visitantes y cuando tiene lugar la primera despedida definitiva del difunto. Todo comienza por la tarde. Es uno de los elementos de cultura que se mezcla con la costumbre celebrada entre la sociedad nacional donde esos encuentros familiares comienzan cerca de las 6 pm. en la casa del difunto y se reza el rosario. Entre los wayuu de la zona visitada la celebración es parecida. Poco a poco van llegando los visitantes y se sientan en grupos familiares, en el patio o delante de la casa. Se ofrece café y chicha de maíz, hoy día también coca-cola. De comer hay usualmente asado, guisado y sopa. Después de un cierto tiempo se van separando hombres y mujeres y se sientan aparte. Niños hay pocos.

Durante la celebración a la que había sido invitada la autora (2008), mientras que la mayoría de los visitantes se quedaba afuera, dentro de la casa, en la sala de estar, una de las mujeres, sentada junto a un pequeño altar improvisado, adornado con flores y velas encendidas, rezaba en voz alta el rosario y las demás personas reunidas en la pieza (principalmente mujeres) le respondían. Una vez terminado el rosario, las sillas fueron sacadas afuera. Quienes no participaban en el rosario, se habían quedado en el patio. Conversaban, se mecían en hamacas tendidas bajo los árboles, un grupo de hombres estaba jugando dominó. Las hamacas wayuu son enormes y fuertes, entonces en algunas cabían incluso dos personas, a modo de nuestro sofá. Las conversaciones duraron hasta muy entrada la noche.



Fig. 15. Reunión con el motivo de Novenario

A medianoche tuvo lugar la despedida final del difunto. El altar en la sala volvió a ser nuevamente el punto central de las celebraciones. A su lado vinieron las “lloronas” y se pusieron a llorar, quedándose en el umbral de la puerta las hijas y nietas del difunto, llorando de verdad. En pocos instantes se comenzó a quitar uno por uno los adornos del altar, sacándolos fuera de la casa o simplemente botando a la basura como se había hecho con las flores. Al final desapareció también el altar mismo. El difunto partió...

Dentro de un tiempo, en el sueño de alguien, él mismo informará que es su deseo ser desenterrado...

Otros momentos importantes cuando se conmemora al difunto caen: 1 mes después del entierro, a veces a los 3 meses, luego a los 6 meses, 1 año, 2 años y así seguido cada año hasta más o menos los 10 años, cuando se celebra el “velorio de los restos” (segundo velorio). Este último evento es cuando más se gasta, sacrificando a veces hasta siete vacas o más (en función de la situación económica de la familia). Después del segundo entierro ya los difuntos pierden su individualidad y no se organiza ninguna reunión conmemorativa vinculada con los restos o –mejor dicho– dedicada a los espíritus de los difuntos. –*Amulóiresi*: « *ils sont perdus pour toujours* » (‘están perdidos para siempre’) (Perrin 1976: 188), Caen en el anonimato, en el olvido, pierden su individualidad y viajan a la Vía Láctea (Paz Reverol, Vilchez Faría 2004).

Aniversarios de la muerte. Segundo aniversario

Durante una de las visitas de la autora en la zona (2008), se celebró el segundo aniversario de fallecimiento de un hombre. Antes, era obligatorio mandar invitaciones para el velorio y el sepelio. En la actualidad no se lo practica, además –como acabamos de mencionar– los wayuu suelen acordarse de los aniversarios de muerte de sus parientes y amigos.

La víspera del aniversario, en la madrugada, uno de los cuñados del difunto fue al mercado wayuu del pueblo vecino donde compró dos ovejas. Ese mismo día la viuda del difunto, en una olla enorme, preparó chicha en cantidades para que alcanzara para todos los visitantes. Por la noche el cuñado degüelló y descuartizó una de las ovejas.

También el día anterior fueron varias personas al cementerio para limpiar el panteón. Lo limpiaron con esmero y repintaron de blanco sus paredes y rejas de cemento. Usualmente esta tarea recae en los hijos del difunto. El día de la celebración, el panteón queda abierto (los demás días la puerta permanece cerrada con candado) y está adornado. Dentro del mismo se ponen varias sillas para quienes quieran acompañar al difunto. Encima del sepulcro se colocan flores y una botella de ron (en este caso particular era el *Old Parr* – preferido del difunto) que los visitantes van tomando en forma de brindis a su honor, como si estuvieran compartiéndolo con él y como si estuviera él mismo sirviéndolo.



Fig. 16. Sacrificando ovejo: la carne servirá para preparar platos durante la reunión del día siguiente



Fig. 17. Cocinando chicha de arroz



Fig. 18. Dentro del panteón



Fig. 19. *Old Parr*: ron preferido del ifunto

Como ya se ha señalado arriba, ocurre a veces, y ocurrió también en el caso aquí descrito, que fue el mismo difunto quien, en vida, se había construido su propio panteón, queriendo saber y ver el lugar donde reposarían sus restos. Lo construyó para cuatro personas: él mismo, sus dos hermanas y alguien más de la familia. En este mismo sepulcro reposan conjuntamente (ya después de su segundo entierro) las cenizas de su madre y de otro pariente.

La persona más importante en las celebraciones era la viuda del difunto. Le pregunté a su hija si en un futuro ambos sus padres podrían reposar juntos, en el mismo panteón, o si siempre tendrían que ser sepultados cada uno (en este caso particular su madre) en donde habían nacido. Me respondió que si primero fallece el esposo y después la esposa, los hijos tienen que pedir permiso a los hermanos de su difunto padre para poder depositar a su lado los restos de la madre. Y si primero fallece la mujer, hay que solicitar permiso a los hermanos de ella. Bajo una condición: pueden yacer juntos solamente hasta el segundo velorio, porque después, los restos de cada difunto regresan al cementario del clan de nacimiento.

Cada cual que llega a tal reunión conmemorativa, trae algo: botellas o latas de coca-cola, grandes bolsas de hielo en cajas-nevera, chicha, plátanos (en algunas zonas de América Latina llamados “plátanos machos”), otros productos alimenticios, ron, cerveza. La carne la “pone” la familia más cercana del difunto. Los visitantes traen también los botellones de agua, leña, trípodes para colgar ollas encima del fuego, sillas y una u otra mesita. En el cementerio ya se encuentra construido un tipo de cocina de cemento que facilita el trabajo. Durante las celebraciones se puede descansar en hamacas tendidas bajo los árboles, o bajo un techo o enramada montados con este fin (a veces los techos son más sólidos y tienen carácter permanente), pues el sol en esas tierras calienta en demasía.



Fig. 20. Colgando hamacas en la sombra del tejado

Las mujeres allegadas al difunto (la viuda, las hermanas, primas, sobrinas) van al cementerio con anticipación, a eso de las 11 de la mañana, para comenzar los preparativos: prenden candela (fuego), colocan encima grandes ollas (tipo calderas) con agua, cortan la carne en trozos. En la oportunidad que presencié, había unos 10 kilos de carne de ovejo. Luego las mujeres pelan los plátanos y los colocan

en una especie de parrilla hecha de un tonel cortado a lo largo en dos, en donde prenden fuego. Entretanto pelan y cortan verduras para la sopa.



Fig. 21. Reposo y conversación en el cementerio, antes de las celebraciones



Fig. 22 y 23. Hay que preparar mucha comida, porque vendrán bastante visitantes.
Los platos servidos casi siempre son muy variados

Cuando llegamos, algunos visitantes ya estaban allí. No había niños menores de más o menos 10 años. Las niñas algo más grandes andaban con termos, repartiendo café caliente (negro, con azúcar), otras, con ollas, estaban sirviendo

chicha de maíz fría. El yerno del difunto iba y venía con su carro trayendo cada vez más gente y más comida y bebida. Finalmente, la carne y los demás platos estaban listos. Durante la tarde se sirvió tres veces la comida fuerte con carne, en el orden previsto por la costumbre: primero la carne asada (de la parrilla) con el plátano asado, luego la carne guisada, es decir hervida en sopa de verduras. Por último se sirvió la sopa. Todo el tiempo se podía tomar cerveza y refrescos. Si alguien llega tarde, cuando ya se ha acabado la comida, puede ser que no quede nada más para servir. Esto causa tristeza, porque los wayuu son conocidos por su gran hospitalidad. Es lo que sucedió esa vez también y la anfitriona (la viuda) dijo con pena: “No les brindé nada”.



Fig. 24. La comida ya está lista. Ahora las chicas van a repartirla entre los reunidos

La viuda preparó para esta oportunidad el plato preferido de su difunto esposo y lo enterró al lado del panteón. La autora preguntó a la hija del difunto si éste había venido a compartir la comelona con los concurrentes. “Sí, él está ahí” - respondió la mujer bajando la voz. “En unos años me tocará a mi limpiar los huesos de mi padre” - confesó no sin hesitación. Habría que agregar que la joven es médico.

En las tumbas del cementerio donde tenía lugar el encuentro, sólo podían leerse dos apellidos; dicho de otra manera, el cementerio era propiedad de dos familias vinculadas por lazos de parentesco y afiliación.

La reunión dura toda la tarde. Es una oportunidad no sólo para conmemorar al difunto, sino también para encontrarse los familiares y amigos, intercambiar noticias, descansar, hacer siesta, jugar dominó, reír.

Luego de las celebraciones, los visitantes que quedaban ayudaron a limpiar todo el terreno, rastrillando la basura y quemándola. El panteón fue cerrado de vuelta con el candado y los concurrentes comenzaron a marcharse. El yerno

del difunto repartió a quienes no tenían vehículo a sus ranchos y regresó a su propia casa. Por la noche salieron de vuelta para la ciudad los hijos y demás parientes y amigos del difunto que viven y trabajan en Maracaibo.

Muertos por asesinato

Las costumbres y el comportamiento son diferentes si la persona ha sido asesinada, hecho no tan raro en la sociedad wayuu (y en general venezolana). Los hombres no deben tocar el cadáver por ningún motivo, ya que según la creencia, ese contacto les ocasionaría la muerte en poco tiempo. Son las mujeres (parientes uterinos) las que recogen el cadáver del sitio del asesinato, cavan la sepultura; colocan el cadáver en el ataúd, desempeñan el papel de portadoras y bajan el féretro a la tierra» y lo entierran en un sitio apartado, sólo. Además, en este momento, los familiares claman la venganza o la indemnización por el asesinato y se preparan para la guerra (Paz Reverol, Vílchez Faría 2004).

Segundo velorio o velorio de restos

El segundo velorio es la despedida definitiva del difunto y de su alma. Los términos correspondientes en *wayuunaiki* son *anajanaa*, *anajana jipushe* o también *ayalá'aja*, donde el primero significa 'acomodar, poner en orden'/'exhumación y limpieza de los huesos'.

Transcurrido cierto tiempo después de la muerte de una persona, mínimo dos años, pero a veces hasta diez o más, el muerto, o su alma, aparece en el sueño de uno de sus parientes solicitando que se saquen y se limpien sus huesos. Si en diez años nadie hubiera recibido tal información, la familia puede tomar decisión independientemente. En ambos casos envía la noticia a los parientes y amigos. El tiempo entre el envío de la misma y la ceremonia puede ser bastante largo, alcanzando a veces hasta un año. Tal antelación es indispensable no tanto para que la noticia alcance a todos y todos puedan llegar, sino para recoger el dinero necesario, ya que para la ceremonia no puede faltar comida (ovejos, chivos) ni bebida (licor). Y no sólo eso, porque la tradición exige que también en esa oportunidad deben entregarse regalos a quienes lleguen. Se puede leer en algunos textos que una de las familias ricas había distribuido entre los visitantes hasta... cien ovejos. Por supuesto, tanto en el caso del primero como del segundo velorio, su duración y dimensiones quedan estrechamente relacionadas con la posición social y económica de una determinada familia.

Con el segundo velorio se celebra entonces el paso del alma a la eternidad. La eternidad o continuidad de la existencia del alma corresponde a un constante ciclo de vida y muerte. Después de ser despedida durante el segundo velorio, regresa luego a la tierra en forma de lluvia (Juyá) dando vida a todo cuanto crezca en ella. Sin embargo, si el ritual no ha sido cumplido de manera correcta

y de acuerdo con la voluntad del alma, ésta puede regresar en forma de enfermedades u otros males (Wanürü). En este último caso, los *yoluja* pueden incluso vestirse llevando el alma de alguien de la familia del difunto.

¿Hay algún otro objetivo del segundo velorio que el de la despedida de los restos? – Sí. Cuando se le pregunta a un wayuu, en su idioma: “¿De qué clan eres?” (*Kasa eirukü pia?*), ése va a “oír”: “¿De qué carne eres?”, ya que en *wayuunaiki* la palabra *eirukü* significa tanto ‘clan’ como ‘carne’. En vista de que la muerte afecta directamente la carne y lleva a su descomposición y transformación en *jipü pülasü*, ‘huesos dañados’, y luego a la desaparición, es sólo tras la limpieza de los restos exhumados que puede producirse la separación definitiva entre el alma y el cuerpo del difunto (Sümain Yolüjaa 2012).

Desentierro

¿Quién está encargado de llevar a cabo la exhumación? Independientemente del estatus social, este rito y a la vez obligación recae únicamente en una mujer, pariente del difunto, su hija o nieta la mayoría de las veces. Hoy día, cuando todos son más conscientes en temas de salud, higiene y seguridad, las mujeres wayuu ven esta obligación cada vez más difícil de aceptar, aunque todavía siempre cumplen con ella. Como ya lo hemos mencionado, la joven médico wayuu con la que la autora pudo conversar durante las celebraciones del segundo aniversario de fallecimiento, dijo que dentro de poco tiempo le tocaría a ella sacar y limpiar los huesos de su difunto padre. Que le tiene miedo a este acto, pero sabe que no hay otra mujer cuyo grado de parentesco con el difunto sea parecido y quien pueda sustituirla.

La participación en el acto está generalmente reservada a las mujeres y personas de avanzada edad. A las mujeres – debido al papel que desempeñan dentro de la sociedad wayuu y a su relación con *Pulowi*, lo que las hace menos susceptibles a la influencia de los *yoluja*. Y a los ancianos, porque de todas maneras su vida está casi finalizando. Mientras que a los niños, que apenas la inician, no les está permitido participar en el acto, por eso no estaban presentes durante las celebraciones que la autora pudo observar.

Aparte de la presencia de familiares, para efectuar el rito tienen que ser cumplidas dos condiciones meteorológicas: luna llena (de preferencia la primera del año) y época seca. La época seca cae entre diciembre y la mitad de marzo, así que la primera luna llena del año, en esta región del continente, siempre va a coincidir con la época seca. Además, es cuando la tierra arenosa, típica de la Península, está seca y por lo tanto más liviana, más fácil de cavar. No hay riesgo de lluvia que podría molestar a los participantes. Así que casi todos los desentierros y segundos velorios se llevan a cabo en los meses enero y febrero. Desde el punto de vista racional o práctico, es obvio que la luz, en este caso de la luna, facilita efectuar el trabajo que casi siempre empieza antes del amanecer (en esta latitud geográfica el sol sale cerca de las siete de la mañana). En el pasado, cuando todos

los principios eran respetados con más rigurosidad, el desentierro comenzaba en plena noche, a eso de las tres o cuatro de la madrugada. Además, un detalle importante, en la madrugada no hace todavía tanto calor como de día. Otro aspecto más, digamos práctico-social, de la hora tan temprana, es no sólo el aire más fresco, sino también el deseo de limitar el número de personas presentes durante la exhumación y el acto de limpieza de los huesos.

La autora recibió la invitación a participar en el segundo velorio, no con un año, sino con más o menos tres meses de antelación. Obtuvo también el permiso de sacar fotos y hacer grabaciones. Llegada la fecha elegida, resultó imposible proceder al acto, porque la luna estaba tapada por las nubes. Hubo que esperar unos días más. Por fin llegó el momento adecuado. El acontecimiento tuvo lugar en enero de 2006, en un cementerio cercano a Concepción, un pequeño pueblo a 20 kilómetros al sur de Maracaibo.

El caso descrito se refiere a la exhumación de los restos fúnebres de una anciana, hermana de la abuela paterna de un wayuu, amigo de la autora, fallecida en el año 1989, entonces 19 años atrás, y de los restos de sus dos bisnietos, fallecidos en la edad muy baja, 9 y 10 años atrás respectivamente. Los restos los sacaba la hija de la difunta, una mujer de 50–60 años de edad.

Los parientes y amigos de la difunta se reunieron en el cementerio un poco antes de las 7 am. Entonces no tan temprano como lo exigía la tradición, quizás porque la sociedad moderna no está acostumbrada a levantarse en plena noche. Había más o menos 50 personas. En otras partes del cementerio se veían otros dos grupos wayuu, realizando la misma tarea.



Fig. 25. Viajando por la Península - no hay carreteras asfaltadas

La primera etapa consiste en desenterrar el ataúd o, si se trata de un túmulo, de romper la pared frontal. Es el trabajo de los hombres. A partir de ese momento, es decir desde sacado y abierto el ataúd, procederá a realizar su tarea la mujer.

Se levantó antes del amanecer (si es que había logrado conciliar el sueño en la noche ante tan específica tarea que la esperaba) y acompañada por sus parientes fue al cementerio. Sabe que tiene que llenarse de valor, sin temblar ni llorar, aunque los restos que va a tocar son de alguien muy querido, a quien conocía con vida y le tenía cariño y respeto, en este caso su madre, hoy día transformada en restos que no se le parecen y provocan repulsión. Tiene que estar fuerte. Las mujeres que la rodean la protegen, le dan fuerza necesaria. La exhumadora se lava las manos con el alcohol, toma el ron o el chirrinche que le sirven para darle coraje. Se tapa la boca y la nariz con un pañuelo o mascarilla, se pone unos guantes de goma. Otro trago de licor y aspersiones de chirrinche (*yotshi*) que las mujeres echan sobre su cuerpo y sobre la tumba. Los hombres sacan el ataúd. Proceso inverso al que estamos acostumbrados en nuestra cultura donde el ataúd se esconde bajo la tierra. Otro trago. Al lado de la tumba, sobre la tierra, han dispuesto una tela blanca, a modo de mantel. Es adonde se irán colocando los huesos. Abren el ataúd. Un gesto y expresiones de suspenso en las caras de los reunidos. No hay nada que esperar. La exhumadora se agacha y comienza a sacar los primeros fragmentos. Primero de una tela negruzca y rota – es lo que queda de la manta mortuoria. La tierra en este cementerio no era seca. Los huesos no se han secado lo suficientemente. El trabajo es entonces más repulsivo (por eso, en la descripción, vamos a omitir algunos detalles). De acuerdo con la costumbre, primero se saca el cráneo. Las mujeres que están al lado de la desenterradora, le pasan trapos blancos, muy blancos, y vierten alcohol encima del cráneo. Ella lo lava cuidadosamente. Tienen que utilizar varios trapos y mucho alcohol hasta que el cráneo quede limpio y seco. Lo colocan en la “tela-mantel”. Ahora otros huesos, primero los más grandes, luego los más pequeños. Hay que buscarlos entre los restos de lo que otrora era una bella manta. Otro trago que le echa a la desenterradora otra mujer, directamente de la botella a la boca. Al lado ya está esperando la urna (*pachísha/pachéshi* o *jula'a*: osario, envase funerario, múcura) que en este caso es de mármol, en donde se colocarán todos los huesos. Su tamaño depende de cuántos difuntos tienen que ser desenterrados. Tradicionalmente, era una tinaja o recipiente de barro cocido, hoy pueden comprarse urnas de diferente material, de fabricación industrial.

En el ambiente que acompaña al ritual se mezcla la pesadumbre con lo común y corriente. Algunos de los presentes, en pequeños grupos, hablan en voz baja, comentando lo que está sucediendo y otros tópicos, tomando tragos y café. A poca distancia de la tumba abierta, ha llegado un carrito con refrescos. Ya las jóvenes de la familia van distribuyendo una sabrosa y caliente bebida de maíz y un café caliente y dulce, servido en los típicos vasitos venezolanos del tamaño de un dedal, lo que permite calentarse en el frío matutino y las circunstancias. Más tarde fue distribuida coca-cola y otros refrescos y también se podía comprar hasta el “cepillado” (tipo de helado: raspadura de un bloque de hielo, servida

con almíbar y leche condensada) lo que –para ser honesta– menos cuadraba con las circunstancias.



Fig. 26. El momento más duro. La limpieza de los huesos

Esta primera etapa del ritual realizada en el cementerio duró un poco más de media hora.



Fig. 27. Hay quienes observan todo de cerca, y hay quienes prefieren esperar. En el fondo se puede observar otro grupo ejecutando la misma tarea



Fig. 28. Vestido típico (manta) de las mujeres wayuu. Detrás de ellas el carrito con refrescos

Una vez terminada la penosa tarea de desentierro, los hombres fueron a botar el ataúd, imagen poco agradable, mientras que la exhumadora y sus acompañantes pasaron a otro sector del cementerio para repetir el proceso con los restos de los dos menores. De ser tan pequeños en el momento de la muerte, casi

no quedaba osamenta alguna, así que en este caso el trabajo fue realizado muy rápido. Los pocos restos que se encontraron fueron colocados en la misma urna de la bisabuela.

Terminado el ritual de exhumación en el cementerio y los huesos colocados en la urna, todos subieron a los carros y camiones y emprendieron el camino hacia donde tenía que desarrollarse la siguiente parte de las celebraciones, es decir el “velorio de los restos”. Usualmente, el segundo velorio tiene lugar en las tierras ancestrales del clan del difunto y el segundo entierro que lo sigue, en el cementerio u osario familiar de esta misma zona. En este caso el traslado no era largo, la casa se encontraba a una distancia de pocos kilómetros del cementerio.

Por supuesto, no todos habían ido al cementerio. Antes de la llegada de los veloriantes, todo había sido preparado con mucho esmero: varias decenas de sillas alquiladas, una enramada especialmente tejida en el fondo del patio, un toldo apoyado en postes pintados de color blanco, un pequeño altar, adornado con flores, donde en seguida fue colocada la urna. En el fondo, en una cortina colgada a propósito, uno de los parientes de la difunta colgó su retrato y su nombre escrito en un cartón.



Fig. 29. El lloro delante de la urna que contiene los restos de la difunta

Algunas de las parientes (mujeres) se sentaron en las sillas frente al altar, otras se acercaron a éste y, de pie, con las caras y todas las cabezas tapadas con pañuelos, se pusieron a llorar. De acuerdo con la costumbre, el “lloro” o llanto ritual, consiste en que primero se acercan a la urna los parientes más cercanos, los hombres también, luego los más alejados y afiliados y, al final, los amigos y demás visitantes. La mayoría de las mujeres, o quizás todas, vinieron a lamentarse ante el altar. Algunas lloraban sentadas, otras de pie, siempre con las caras tapadas. La intensidad y la duración del llanto variaba, pasando de tonos más altos a menos fuertes, de naturales a forzados.

Desenterradora – la mujer encargada de la exhumación, después del acto realizado en el cementerio

La mujer encargada de limpiar los huesos en el cementerio (desenterradora, exhumadora), después de haber realizado el acto, es bañada y, por supuesto, vestida de otra ropa. No puede hacerlo con sus propias manos, es ayudada allí por otras mujeres. Luego le ayudan a sentarse o acostarse en el chinchorro (hamaca), cerca, aunque no directamente al lado del altar con la urna. El chinchorro en el que permanecerá durante dos días y dos noches, debería ser muy pequeño, es decir corto y estrecho. La razón o una de las razones de ello es impedirle comodidad, impedir que se duerma (lo comentamos en el párrafo siguiente). Durante algunos días no puede tocar la comida, ni menos aún ponérsela en la boca, así que lo hacen las mujeres que la acompañan. Además, debe guardar ayuno durante una corta temporada y no puede comer carne durante una semana después del desentierro. Las mujeres que la atienden no deben ser sus parientes, ya que a las parientes les está prohibido tocarla. Ella misma no puede tocar a nadie, porque la persona caería enferma. Hasta el día siguiente no puede rascarse con sus propias uñas, sino usando un palito. No se puede tocar el pelo porque se le caería, no se puede tocar sus ojos porque quedaría ciega. Estas prohibiciones vienen del hecho de que se la considera contaminada por unos días.

“(…) les contacts que les femmes chargées de préparer le second enterrement ont avec les restes mortuaires sont considérés comme lourds de conséquences (...) aussi pour tous ceux qui auront des relations, même indirectes, avec elles. En effet ces femmes sont censées transmettre cette maladie que les chamanes appellent *kapilainsi jipú*, la « contagion par les os ». On dit qu’après ce travail, elles contaminent tout ce qu’elles touchent, êtres ou choses. Aussi, pour atténuer ce danger doivent-elles, pendant les quelques jours qui suivent leur intervention, prendre le moins possible de nourriture et ne la recevoir que des mains des autres. « Pour bien faire même, elles ne devraient absolument pas se servir de leurs mains... », affirment certains.”¹ (Perrin 1971: 188)

Se puede suponer que estas prohibiciones, y probablemente también otras, eran más rigurosas en el pasado, cuando no existían los guantes de látex ni mascarillas.

A la desenterradora, mientras está acostada en el chinchorro, le está prohibido dormirse. Entonces alguien debe permanecer todo el tiempo a su lado, sobre todo

¹ (...) los contactos que las mujeres encargadas de preparar el segundo entierro tienen con los restos mortuarios son considerados como cargados de consecuencias (...) también para todos que tengan relaciones, que sean indirectas, con ellas. Efectivamente, esas mujeres son censadas de transmitir la enfermedad que los chamanes llaman *kapilainsi jipú*, el «contagio por los huesos». Se dice que después de ese trabajo, ellas contaminan todo lo que tocan, personas o cosas. También, para atenuar ese peligro, durante unos días que siguen la intervención, deben tomar la menor cantidad de alimentos posible y recibirlos solamente de las manos de otras personas. «Para hacerlo todo bien, no deberían absolutamente servirse de las manos...», afirman algunos (trad. por la autora).

durante la noche cuando, literalmente, no la dejan sola ni un momento, despertándola a cada rato e impidiendo así que el alma del difunto se comunique con ella o la ataque lo cual podría causar su muerte. La mantienen despierta cantándole y contándole historias de familia, haciéndola reír, ofreciéndole cigarrillos para fumar, pasándole un trapito húmedo por la cara, empapado con chirrinche y algunas veces simplemente con agua.



Fig. 30. Urna con los restos en el altar. En el fondo, en el chinchorro, la desenterradora acompañada de varias mujeres. Más al fondo, la cocina donde se preparaban los platos

La mujer que limpió los huesos queda “sagrada para siempre”, expresión que tiene dos sentidos: (1) se la va a respetar más que antes del ritual y (2) siempre podrá enfermar niños, especialmente los más pequeños. Para prevenirlo, tiene que soplar al niño con el chirrinchi para evitar cualquier mal que pueda causarle su presencia. Se dice también que quien haya tocado la sangre de un difunto (por ejemplo asesinado o muerto en un accidente), o sus huesos (durante el segundo velorio), no podría hasta el fin de su vida tocar niños, para no echarles el “mal de ojo”. No obstante, si se tratara de una mujer joven, tal interdicción la afectaría mucho, porque la excluiría de la posibilidad de ser madre. En realidad no es así. Puede tener hijos, pero cuando el niño empieza a enfermarse, se hacen ritos de purificación. Es decir, se sopla o se asperja al niño con bebidas alcohólicas, considerando que así el efecto contaminante se anula. Y si al niño siempre le pasa algo, la mujer puede someterse a los rituales de purificación y así, ya puede volver a tocarlo. Si el problema de salud no es grave, puede estar en el mismo ambiente y no le pasa nada al niño (Paz Reverol C., comunicación personal). De todos modos, es preferible que en el primer tiempo después del contacto con los huesos, el contacto con los niños no sea demasiado cercano.

En cuanto al número de veces que puede una mujer efectuar el rito de limpieza de los huesos, no hay limitaciones. Si resulta necesario, puede volver a efectuarlo otra vez. (id.)

Otra costumbre wayuu relacionada con el velorio es aquella que los familiares del difunto (la autora no ha averiguado hasta qué grado de parentesco) no pueden comer la carne de los animales destinados para los visitantes; sin embargo, no tienen obligación de ayunar.



Fig. 31. Los reunidos - pensativos, formando cola para expresar su dolor frente a la urna y al retrato de la difunta



Fig. 32. El altar está bajo el techo, la izquierda. A la derecha algunos parientes y visitantes conversando

Cuando la autora, con sus acompañantes wayuu, llegó a la casa donde se celebraba el velorio, detrás de los árboles se veían dos novillos, tres o cuatro ovejos y dos chivos. Ya estaba prendido el fuego en la cocina montada afuera, donde las mujeres y las chicas jóvenes estaban preparando la comida era la hora de desayunar. Algunos hombres se ocuparon de sacrificar los animales destinados para el almuerzo y otros de descuartizarlos. Varias niñas y jóvenes estaban distribuyendo arepas rellenas (tipo de panecillos hechos con harina de maíz, fritos y luego horneados, típica base del desayuno venezolano) y café, más tarde también refrescos. El café se servía de manera continua, pareciera que cada quince minutos. Para el almuerzo se ofrecían grandes trozos de carne asada de los animales señalados, todo preparado allí mismo de manera exquisita, con arroz, yuca (mandioca) y plátanos. Durante todo el día iba y venía más gente, wayuu en su mayoría. Había entre ellos familiares y amigos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, maestros, pastores, obreros, comerciantes y otros. No había división entre hombres aparte y mujeres aparte, todos conversaban con todos.

Ya he mencionado las hamacas o chinchorros wayuu. Tejidos en telares especiales, a mano, enormes, de bellísimos colores y diseños. No hay dos iguales. Son tan grandes que una persona puede fácilmente acostarse "a lo ancho". Yo llevé conmigo mi propio chinchorro, muy pequeño, "turístico", que cabe en la palma de la mano. Cuando me puse a colgarlo, los indígenas formaron un círculo a mi alrededor esperando que lo colgara, porque no veían posible dormir en algo tan pequeño. Cuando ya estaba colgado, me exigieron que me acostara para ver si se trataba de una hamaca de verdad y si aguantaría el peso de una persona. Acepté, pero dije que me tenían que aplaudir. Y así fue. Todo ello al lado de la urna... Así que lo alegre se mezclaba con lo lúgubre, el llanto de las lloronas con las risas de los veloriantes y visitantes, el ayuno con el sabor de los platos

servidos a cada instante. Cuando oscureció y llegó la hora de cenar, sirvieron otra vez la misma, riquísima carne. Los hombres tomaban ron y chirrinche. Las conversaciones, cantos y risas sonaban hasta muy entrada la noche cuando por fin, rendidos, poco a poco todos se fueron, unos para sus casas, otros acostándose en chinchorros. Sólo quedaron despiertas la mujer que había limpiado los huesos de los difuntos, y sus acompañantes, tomando ron y chirrinche, contándose acontecimientos de todos los días, chistes, recordando a la difunta y a otros miembros de la familia, comentando viejas historias de su vida y otros tópicos.

A la mañana siguiente sacrificaron al otro novillo de los que todo el día anterior estaban amarrados a un árbol, esperando su turno, y otra vez fue servido un copioso desayuno acompañado de un sabroso café.



Fig. 33. Sacrificando novillo para el desayuno

Después del desayuno, y terminada la ceremonia, vino el tiempo de despedida. El cortejo fúnebre tenía que partir para el cementerio, que en el caso aquí descrito era el mismo donde había tenido lugar la exhumación. Usualmente, el segundo entierro tiene lugar en el cementerio del clan o de la familia, donde la urna es colocada en una bóveda o en el suelo, según el caso. Cuando, con el tiempo, las urnas y por ende los restos se vuelvan polvo, los muertos pasarán al anonimato y desaparecerán de verdad, también de la memoria humana.

Antes de que el cortejo partiera, se oyó una serie de disparos de revólver (ya el día anterior vi que algunos de los hombres cargaban armas en el cinturón), para dar la despedida definitiva a los difuntos que partían, y para espantar a los *yoluja* por si éstos quisieran llevarse a alguien más de la familia. Debido al apuro de las personas con quienes la autora regresaba a Maracaibo, no ha podido participar en esa última etapa del segundo entierro, pero conforme a las costumbres, también en el cementerio debería haber disparos en signo de bienvenida y como información de que se cumplió con todas las obligaciones relacionadas con el entierro y despedida definitiva.

Entre los dos días y una noche que duró el velorio, vinieron alrededor de cien personas. Terminadas todas las celebraciones, los visitantes partieron en sus carros y camiones, satisfechos de haber cumplido con un deber familiar y social.

LA EXHUMACIÓN DE CADÁVERES DE PRINCESAS
UN VERDADERO RITUAL GUAJIRO

SINAMAICA, Ene 8. (Manolo Silva) — Un ritual guajiro [...] el velatorio de los restos de dos princesas guajiras, [...] se llevó a efecto en un [...] campamento [...] al lado del Cementerio de Sinamaica. Durante la ceremonia que duró dos días, **se consumieron 40 cajas de whisky, 10 pipas de 200 litros cada una de chirrinche y se sacrificaron 8 novillos, 20 carneros y 10 chivos.**

Los restos de las princesas guajiras pertenecieron en vida a Tarcila Montiel, **fallecida en el año 1951** a la edad de 15 años y Ligia Diecila Montiel de Iguarán, **fallecida en el año 1968.** [...] Ambas **son** hijas de Nemecio Montiel mejor conocido como "El Pacificador" pertenecientes a la casta URIANA que significa "Tigre".

Los restos de [...] Tarcila Montiel fueron exhumados en la misma urna de metal en la cual fue sepultada. Sobre este particular, Nemecio Montiel refirió al reportero que el cuerpo de su hija menor se encuentra intacto, es decir, que no ha sufrido el proceso normal de descomposición y de allí la orden de conservarlos en la misma urna. Por una tradición guajira, no se le permitió al reportero destapar la urna para tomar gráficas.

"El Pacificador" cuenta con 67 años, ha procreado 46 hijos de los cuales tiene 38 vivos, algunos profesionales egresados de las Universidades del país, a pesar de estar incorporado a la civilización, dijo al referirse al velorio de los restos donde el aguardiente juega primer orden que, como guajiro que es, no podía perder la tradición. "Es una **tradición que tenemos que transmitir de generación en generación**". Junto a "El Pacificador" se encontraba otro de sus numerosos hermanos, Roberto Montiel, comúnmente conocido como El Tuerto Roberto, padre de 27 hijos y dice contar con 89 nietos, 150 bisnietos y 20 tataranietos.

Desde una semana antes comenzaron los preparativos y gestiones para obtener el permiso sanitario que permitiera las dos exhumaciones. Este tipo de noticia en La Guajira, como cuando ocurren asesinatos o guerras entre diferentes tribus, corrió como pólvora a pesar de que ningún pueblo de La Guajira cuenta con teléfonos y hay algunos tan apartados e incommunicados que se tardan hasta dos días para llegar, pero el guajiro tiene la particularidad de transmitir los mensajes con la velocidad del teletipo.

Familiares y los que no fueron invitados comenzaron a llegar a Sinamaica desde el pasado viernes por la tarde y permanecieron hasta el domingo hasta avanzadas horas de la noche. "El Pacificador", al referirse a los invitados especiales, citó que vinieron desde [...], Maracaibo, Barranquilla y Bogotá, [...].

[...] En el campamento instalado con precipitación, donde lo primero que se observaba eran los chinchorros y la leña ardiendo, el licor corría, litros tras litros se consumían junto al platón repleto de cigarrillos con sus fósforos.

El café caliente caía oportuno y parecía que actuaba como un desintoxicante porque detrás de la taza de café iba el "palo" de whisky o **chirrinche.**

Palabras en negrita resaltadas por la autora.

Fig. 37. El texto del recorte de la Fig. 36

Destacan las siguientes afirmaciones que nos permiten ver que en realidad no hay diferencia entre aquellas celebraciones y las del año 2008:

1. Durante la ceremonia abundaba el licor y la carne (nota: en los 1970 el poder adquisitivo de los venezolanos era mucho mayor).
2. El segundo velorio tuvo lugar a los **23 y 6 años** respectivamente desde el fallecimiento de las princesas.
3. Las difuntas siguen siendo tratadas como si permanecieran vivas: “Ambas **son** hijas de Nemecio Montiel”.
4. “El Pacificador” **ha procreado 46 hijos de los cuales tiene 38 vivos**. Es decir “**tiene 38 vivos**” y **tiene 8** fallecidos. A toda su prole se la considera de alguna manera presente.
5. El padre de ambas subraya que: “Es una **tradición que tenemos que transmitir de generación en generación**”.
6. Dada la importancia de protagonistas, al velorio llegaron “**familiares y los que no fueron invitados**” – lo cual significa que haber sido invitado no era una condición indispensable.
7. Aparece una observación parecida a la que hace la autora en su texto: “El **café caliente caía oportuno** y parecía que actuaba como un desintoxicante, porque detrás de la taza de café iba el «palo» de **whisky o chirrinche**”.

Conclusión

Siempre es muy activa la participación de los wayuu en los ritos fúnebres, velorios y otras celebraciones relacionadas con el paso de la dimensión terrenal a la espiritual, a pesar de que algunos de los actos sean difíciles y penosos de realizar. Con el transcurso de los años varios de ellos han subido simplificaciones o modificaciones (por ejemplo, hemos notado que ya no se respeta tanto la interdicción de pronunciar el nombre del difunto), otros han ido cambiando a causa o gracias al progreso civilizatorio-técnico. No cabe duda que son eventos de suma importancia sociológica para el pueblo guajiro: no solamente ayudan a quienes ya partieran hacia el más allá, sino que también permiten reforzar la solidaridad y cooperación, limar las divergencias, llegar a acuerdos de gran importancia para las comunidades wayuu, mantener y sobre todo renovar sistemáticamente los lazos familiares y sociales a través de las visitas, reuniones y trabajos comunes. Participan allí los representantes de todos los estratos sociales: pobres y ricos, los que llegan en un carro de lujo y los que se desplazan parados en la caja del camión, los que vienen montados en una mula o caminando. Hay entre ellos campesinos y pastores, maestros y médicos, obreros y comerciantes, vendedores ambulantes y profesionales de diferentes especialidades. Un día, todos ellos también cruzarán el umbral del más allá, para después de una determinada serie de rituales celebrados a su favor por quienes se hubieren quedado todavía en la dimensión terrenal, pasar al anonimato de la Vía Láctea.

Literatura

- Captain, D.M., Captain, L.B. (2005). *Diccionario Básico ilustrado wayuunaiki-español, español-wayuunaiki*. Bogotá: Editorial Fundación para el Desarrollo de los Pueblos Marginados.
- González Rosales, N. (1979). El origen de los guajiros se remonta a la prehistoria. *Diario Panorama*, 12 octubre.
- Mackenzie Useche, P. José Agustín (1974). *Así es la Guajira*. Valledupar (editor desconocido).
- Matos Romero, M. (1971). *La Guajira. Su importancia*. Caracas: Empresa El Cojo.
- Morán Atpüshana, M. (2012). *Encuentro Atpushana en Guarero*, www.lenin-alfonso.blogspot.com/2012/09/waleerru-sumain-yolujaa-guarero-tierra.html [fecha de acceso: 30.06.2017].
- Paz Reverol, C., Vílchez Faría, J. (2004). Los velorios wayuu: alianza y parentesco. En: *Aportes del Zulia a la genealogía nacional*. Maracaibo: Acervo histórico del Estado Zulia.
- Perrin, M. (1976). *Le chemin des Indiens morts*. Paris: Ed. Payot.
- Perrin, M. (1979). *El camino de los indios muertos. Mitos y símbolos guajiros*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Perrin, M. (1979). *Sükuaitpa Wayuu. Los guajiros: La palabra y el vivir*. Caracas: Fundación La Salle.
- Perrin, M. (1995). *Los practicantes del sueño. El chamanismo wayuu*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Urdaneta, R., González, A. (1977). Sepultado último Cacique guajiro. *Diario Panorama*, 12 mayo.
- Silva, M. (1974). Un verdadero ritual guajiro. *Diario Crítica*, 9 enero.
- Sümain Yolüjaa, W. (2012). *Guarero, tierra de espíritus*, www.lenin-alfonso.blogspot.com/2012/09/waleerru-sumain-yolujaa-guarero-tierra.html [fecha de acceso: 30.06.2017].

SUMMARY

From dream to eternity. Funeral rites in the Venezuelan Guajira

The article presents funerary rituals of the Guajiro (Wayuu) indigenous people from northwest Venezuela. According to their belief system, the passage from the earthly life to the eternal life is divided into several stages, each accompanied by a number of rituals of high importance for the social life of the Wayuu. The most commonly known are two "wakes", and in particular the second one, where the crucial element is exhumation of the remains of the deceased. In this ritual the role of the female figure is very important. Dreams play a decisive part in the completion of such rituals.

Keywords: Guajiro, Wayuu, funerary rituals, wake ceremony, Wayuu woman, dreams.